

se impregna dulcemente  
de un lánguido vapor de adormideras;  
y cómo, al confundir todos los ruidos,  
en vago remolino nebuloso  
va dejando el crepúsculo en reposo  
pájaros, luz, esencias y sonidos!

## XII

Pues se va el ruiñeñor y el día parte,  
tú y yo, y tus padres y tu bella hermana,  
como dice la frase castellana,  
*marchemos con la música á otra parte,*  
para seguir pensando hoy y mañana

tu padre en los problemas de la historia,  
tu madre en vuestra suerte,  
tú en la fe y en la gloria,  
tu hermana en el amor, y yo en la muerte  
Pero al decirte adiós, niña querida,  
déjame que primero  
te diga veinte veces que te quiero  
y te querré mientras que tenga vida,  
pues que serás, espero,  
además de alabada en mis cantares,  
adorada por bella y virtuosa,  
en el mundo, primero como hermosa,  
y después, como santa en los altares.



## LA LIRA ROTA

POEMA EN UN CANTO

A mi buena amiga ANITA CANALEJAS Y MORAYTA

Unas veces te *dejará Dios*, y otras te *perseguirá el prójimo*, y lo que peor es, muchas veces te descontentarás de tí mismo, y no serás aliviado ni confortado con ningún remedio ni consuelo.

KEMPIS, lib. II, cap. XII.

## I

Era Ginés Briones  
un amante de Euterpe y de Talía,  
que cantaba canciones  
de un subido color que él no entendía.  
Con la fe de un artista verdadero,  
entró á servir á un músico de orquesta,  
al cual, con todo esmero,  
en los días de fiesta  
le limpiaba el trombón con el plumero.  
Pasó á aprendiz de monaguillo á poco;  
y llegando á ser luego  
lazarillo de ciego,  
le dió un duro una vez cierto inglés loco,  
y al fin de muchos tratos y contratos,  
compró el ex-monaguillo  
á un quinto aragonés un guitarrillo  
por diez reales, un pan y unos zapatos.

## II

Dueño ya del endeble guitarrillo,  
coleccionó las coplas que sabía,

y, remedando al ciego, el lazarillo  
pudo ascender á ciego que veía.  
Y cierto el rapazuelo de que encanta  
con las coplas que inventa,  
aunque á las viejas pérfidas espanta  
por no saber á veces darse cuenta  
de la sal y pimienta  
que tienen las canciones que les canta,  
punteando por las calles de la villa,  
con aires de buen mozo provinciano,  
era el niño Ginés, el sevillano,  
un pequeño barbero de Sevilla.

## III

Nació en la tierra del amor emporio,  
patria del gran Tenorio,  
de quien dicen que un día,  
para aliviar sus penas,  
mandó hacer de las rubias que quería  
una manta de rizos, que tendía  
sobre un colchón de bucles de morenas;  
y alumno fiel de su inmortal paisano,  
Ginés el sevillano,



siendo un tipo acabado de inocencia,  
en los doce ó trece años que tenía  
ya era un ser tan precoz, que parecía  
que contaba catorce de experiencia;  
pues haciéndose el loco,  
y así como al descuido,  
para hablar á las niñas al oído  
se acercaba lo justo y otro poco.

## IV

Y su genio era tal, que es muy posible  
que fuese un día un músico perfecto,  
á no tener ese vulgar defecto  
de abusar del bordón en lo sensible;  
pues, agudo y flexible,  
en los muchos cantares  
que solía inventar, ó que aprendía,  
cantaba alegremente sus pesares;  
y otras veces, uniendo con destreza  
la pena y la alegría,  
como buen andaluz, también sabía  
cantar sus alegrías con tristeza.  
Y, aunque no sin sonrojo,  
sabiendo ya que el suspirar consuela,  
fiel de Don Juan á la amorosa escuela,  
tenía Ginesillo el bello antojo  
de alabar en sus coplas inocentes  
diez rubias de diez rubios diferentes,  
desde el rubio castaño al rubio rojo;  
y como era tan pobre ó más que Homero,  
de estas diez parroquianas que tenía  
el músico y poeta callejero,  
en premio de sus coplas, recibía  
ya rosquillas, ya azúcar, ya dinero.

## V

Cantaba el niño una canción un día  
á la divina Clara,  
una rubia preciosa que tenía  
el corazón más bello que la cara;  
y mientras él la copla repetía,  
alegre como un loco,  
la niña el canto oía  
distráida, arrancando poco á poco  
las hojas de una flor que se comía.  
¡Distracción natural! pues siempre encantan  
esos tonos suaves,  
tan llenos de ternura,  
del género melódico en que cantan  
los hombres sin ventura,  
las mujeres, los niños y las aves.

## VI

En tanto que él cantaba,  
puesta al balcón la joven hechicera,  
en un fondo de luz se destacaba,  
y Ginés, que, cantando, suspiraba,  
no sabía siquiera  
la canción que entonaba,  
admirado de ver que la niña era  
lo más bello del cielo que miraba.  
Y él abajo, ella arriba,  
mientras él, siempre vivo y siempre amando,  
esta tierna canción sigue entonando,  
ella, mucho más viva,  
se parece á Rosina contemplando  
á un esbozo de Conde de Almaviva:

«Está tu imagen, que admiro,  
tan pegada á mi deseo,  
que si al espejo me miro,  
en vez de verme, te veo.»

## VII

¡Oh extrañas peripecias de la vida!  
Escuchando al cantor, agradecida,  
Clara un suspiro de placer exhala,  
y, de gozo aturdida,  
una gruesa moneda le regala,  
que arroja del balcón, con tan mal arte,  
que la moneda ¡chas! como una bala  
la guitarra pasó de parte á parte.  
A este horror el poeta callejero  
creyó que en un abismo  
sus pies se hundían, y que al tiempo mismo  
caía roto el Universo entero.  
Mas pronto, vuelto en sí, se orienta y nota  
que no se hundió bajo sus pies el suelo,  
y que, á pesar de su guitarra rota,  
no se cuarteó la bóveda del cielo.

## VIII

Al rumor del fracaso, en un momento  
se vió la calle de curiosos llena:  
la moneda al caer la hurtó un hambriento,  
y uniendo el buen humor al sentimiento,  
en tanto que Ginés muere de pena,  
el público le silba de contento.  
¡Oh ruin placer de la desdicha ajena!  
La envidia es la polilla del talento.

## IX

Renunciando á las artes con trabajo,  
Ginés la silba colosal oía,  
y altivo, aunque un poquito cabizbajo,  
las cejas con la gorra se cubría;

y echando calle abajo, calle abajo,  
con ganas de llorar se sonreía,  
mientras que tristemente,  
aquella pobre Clara que, inocente,  
por hacer un favor mató un destino,  
con el mudo terror de un asesino,  
se espantó de manera  
que, de haber sido buena, arrepentida,  
dejó el balcón, cerrando la vidriera,  
más pálida que Bruto el parricida.

## X

Así, con vario estruendo,  
se fueron dispersando,  
el público riendo,  
el trovador gimiendo,  
y la hermosura del balcón llorando.

## XI

Aunque en su erguido talle  
aun mostraba el orgullo de un Tenorio,  
Ginés dobló la esquina de una calle  
para huir de las burlas de las gentes,  
pues en el gran Madrid, como es notorio,  
una esquina es un cabo ó promontorio  
que divide dos mares diferentes.  
Detuvo allí sus vacilantes pasos,  
y pensó en su destino venidero  
dos minutos escasos,  
y al verse sin industria y sin dinero,  
lloró, como lo que era, como un niño;  
y volviendo hacia el cielo la mirada,  
ya olvidando la silba y la moneda,  
tan sólo recordó su alma angustiada  
de su madre el cariño  
y el amor de su patria abandonada.  
¡Patria querida! ¡Madre idolatrada!  
Si nos faltáis vosotras, ¿qué nos queda?  
¡Dios en el cielo, y en la tierra nada!

## XII

Y salió de Madrid. Y con denuedo  
el roto guitarrillo lanzó al río  
desde lo alto del puente de Toledo;  
y arrojando con brío  
la soledad y el miedo,  
la sed y el hambre, y el calor y el frío,  
se fué á Sevilla á pie, como un cualquiera,  
pues no teniendo un real su faltriquera,  
claramente discurro  
que no iría á su patria, aunque quisiera,  
como el rey de Ivetot, montado en burro.

Y así marchando hacia el paterno suelo,  
todos los males de la vida prueba,  
sin que le guarde del rigor del hielo  
la chaqueta prehistórica que lleva,  
chaqueta que su madre le hizo nueva  
de un trozo de una capa de su abuelo.  
¡Sigue, Ginés; camina resignado,  
y rinde al peso del dolor tus bríos!  
Para vencer todo el rigor del hado,  
¿qué valen tus esfuerzos ni los míos,  
cuando un grano de arena atravesado,  
puede torcer el curso de los ríos?

## XIII

¡Con cuánto desaliento  
á su patria volvía  
el que en algún momento,  
cuando el redoble del tambor oía,  
soñaba, en su ilusión, que llegaría  
á músico mayor de un regimiento!  
¡Ay! ¡con cuánta agonía,  
el que aspiró á ser dios de la armonía,  
renuncia ya á la necia vanagloria  
de pensar que algún día  
le nombraran los fastos de la historia!  
¡El pobre no sabía  
que, al revés de ese sol de Mediodía,  
el gran sol de la gloria  
quema de lejos y de cerca enfía!

## XIV

Como nadie le daba  
los dulces y el dinero que ganaba  
cuando echaba sus coplas á las niñas,  
en Castilla y la Mancha merodeaba  
comiéndose las uvas que pillaba  
á espaldas de los guardas de las viñas.  
Cuantos seres sentían ó pensaban,  
y sus viles harapos contemplaban,  
contra él inicuos su furor volvían;  
los niños le silbaban,  
los viejos se reían,  
los perros, que antes sólo le ladraban,  
ya, al pasar por las eras, le mordían!  
¡Confiesa, Ana, que aterra  
el ver á un niño en tan inmenso duelo!  
¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra  
quitan las ganas de mirar al cielo?

## XV

Y en el supremo día  
en que el suelo feraz de Andalucía



á contemplar volvió por vez primera,  
se sintió tan feliz, que de alegría  
el joven trovador se comería  
una hogaza de pan, si la tuviera.  
Pero á falta de pan, el pobrecito,  
merodeando también como en Castilla,  
comía, cual si fuesen pan bendito,  
en Córdoba cogollos de palmito,  
é higos chumbos bajando hacia Sevilla.  
Y al ver la gran ciudad, gritó extasiado:  
— ¡Sevilla, patria mía! —  
Pero apenas había  
en el recinto de Sevilla entrado,  
cuando Ginés, exánime y gozoso,  
se cayó desmayado.  
¡Está bien castigado  
ese artista ambicioso  
que pretendía amar y ser amado,  
tocar la lira bien y ser dichoso!

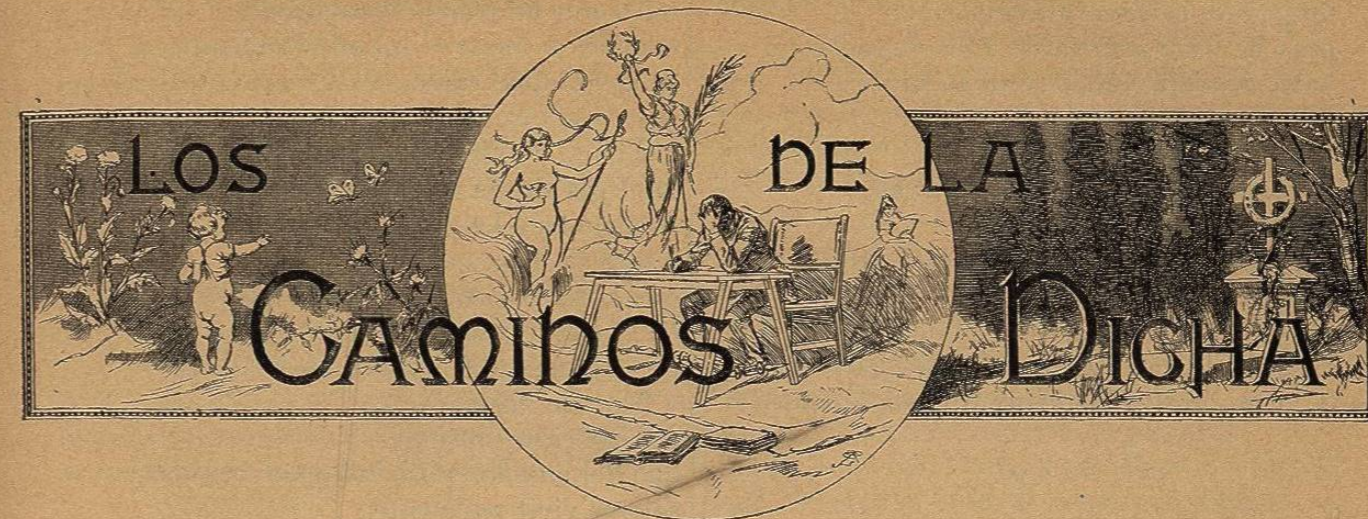
## XVI

Llevado al hospital, y satisfecho  
cual Nerón moribundo,  
pensó al caer sobre el jergón de un lecho:  
« ¡Qué gran músico en mí se pierde el mundo! »  
Y en la cama *ciento once* abandonado,  
puesto á dieta, aunque hambriento,  
se murió dulcemente y resignado  
lo mismo que un pichón sin alimento;  
y después de una autopsia inoportuna  
que se le hizo á Ginés el sevillano,  
declaró un cirujano  
que se murió sin novedad alguna.

Y al difunto *ciento once*, al otro día,  
sin inquirir el nombre que tendría,  
las entrañas abiertas le juntaron,  
y envuelto en los andrajos que traía,  
por quitarle de en medio, le enterraron.  
¡Oh suerte desdichada!  
¡Cuánta noble ambición desvanecida!  
¡Qué alegre es la existencia á la subida!  
Y ¡qué llena de horror á la bajada!  
Primero, ¡acordes, magnetismo, vida!..  
Después, ¡silencio, desaliento, nada!..

## XVII

— Pero ¿y Dios? me preguntas compasiva.  
Para él ¿dónde está el Dios sublime y tierno? —  
El Dios tierno, hija mía, está allá arriba,  
sentado á la derecha del Eterno;  
y vive convencida  
de que si ha puesto su paciencia á prueba,  
tendrá la recompensa merecida,  
y que al pobre Ginés en la otra vida  
le ha de dar Dios una guitarra nueva.  
Modera tu aflicción, y ten presente  
que entre el cielo y la tierra hay un abismo;  
que no suele hacer Dios lo que consiente,  
y que es común, desventuradamente,  
que el bien produzca el mal, como el mal mismo.  
Y ¿qué son bien y mal, placer y duelo  
mas que cosas fugaces cual la vida?  
¿Me dices que para esto no hay consuelo?  
Y yo ¿qué le he de hacer, Ana querida?  
¡Así es la tierra!... y ¡ay!... ¡así es el cielo!..



POEMA EN TRES CANTOS

A mi querido sobrino D. Cayetano de Alvear y Ramírez de Arellano

## CANTO PRIMERO

CARTA DE UN TÍO PATERNO, DIRIGIDA Á SU SOBRINO EL AUTOR  
DE ESTE POEMA

## I

Sé que te vas, y mi alma te acompaña.  
Navia es de Asturias la región más bella,  
aun siendo Asturias lo mejor de España;  
mas vete á descubrir á tierra extraña  
de tu ambición la misteriosa estrella:  
cual Mahoma al llamar á la montaña,  
« pues no viene ella á tí, ve tú hacia ella. »

## II

Vete á Madrid y arroja las cadenas  
que te atan á los seres  
que desde niño con el alma quieres,  
y busca, en horas de entusiasmo llenas,  
el fuego tentador de los placeres,  
de la pasión las adorables penas,  
el goce de la gloria y las mujeres.

## III

No es el campo, sobrino,  
la tierra en que germina la ventura  
del humano destino,  
aunque así lo asegura  
Virgilio, que era un tierno campesino,

con un talento igual á su ternura.  
¿Quién en el campo á soportar se atreve  
los cambios incesantes  
de la lluvia y la nieve,  
aunque nos juren antes  
que cada vez que llueve  
hace el cielo una siembra de diamantes?  
¡No hay suerte á la verdad más importuna  
que tengan que gozar desde la cuna  
nuestros sentidos, de placer sedientos,  
la insípida fortuna  
de ver y oír atentos  
un día y mil, sin diferencia alguna,  
ruidos del mar, rumores de los vientos,  
rayos del sol, matices de la luna!

## IV

Mientras á Dios le ruego  
que te dé su ventura,  
y en tanto que con mística ternura  
á su divina voluntad me entrego  
(pues en cosas de fe, según el cura,  
para ver algo claro hay que ser ciego),  
tú aléjate contento  
y realiza el feliz presentimiento  
que en tu viril naturaleza fundo.  
Ese pueblo de Navia es un convento;  
si tienes corazón y entendimiento,